

## Encierro, prisión y castigo en cinco novelas de José Revueltas

*Confinement, prison and punishment in five novels by José Revueltas*

Juan Ramírez Rivas 

Universidad Autónoma de Puebla, México  
juan.rivas1987@gmail.com

Recibido: 14 julio 2022 / Aceptado: 7 marzo 2023

### RESUMEN

En la narrativa de José Revueltas son constantes los problemas del encierro (físico o práctico y metafórico o existencial), la prisión, lo carcelario y el castigo, tal como puede apreciarse en *Los muros de agua* (1941), *El apando* (1969), *El luto humano* (1943), *Los días terrenales* (1949) y *Los errores* (1964). En este artículo analizaremos pasajes de estas obras, a partir de las observaciones de especialistas revueltianos, para explicar cómo estos temas constituyen un lenguaje poético, una estructura narrativa y un subtexto filosófico central en la obra de Revueltas, un autor por el que atraviesan sensibilidades de índole tan diversa como lo filosófico, lo bíblico y el lenguaje técnico de la ciencia, para construir un mundo literario muy humano que refleja problemas políticos y sociales.

**PALABRAS CLAVE:** análisis literario, cárcel, narrativa, novela, prosa

### ABSTRACT

*In the narrative of José Revueltas, the problems of confinement (physical or practical and metaphorical or existential), prison, the penitentiary and punishment are constant, as can be seen in Los muros de agua (1941), El apando (1969), El luto humano (1943), Los días terrenales (1949) and Los errores (1964). In this article I will analyze passages from these works, based on the observations of Revueltas specialists, to explain how these themes constitute a poetic language, a narrative structure and a central philosophical subtext in the work of Revueltas, an author through whom sensibilites of nature as diverse as the philosophical, the biblical and the technical language of science, to build a very human literary world that reflects political and social problems.*

**KEYWORDS:** *literary analysis; narrative; novel; prison; prose*

## INTRODUCCIÓN

El tema de la prisión es inherente a la obra de Revueltas, quien, debido a su activismo político, fue encarcelado en cuatro ocasiones. Como señala Jorge Ruffinelli (2002):

Ser prisionero político fue también un elemento central de su vida desde la edad de quince años, cuando fue detenido por “rebelión, sedición y motín”, hasta finales de la década de 1960, cuando fue encarcelado en el siniestro “Palacio Negro” de la cárcel de Lecumberri. (p. 463)<sup>1</sup>

Lo que vertió Revueltas en su obra literaria no fue un mero registro autobiográfico del confinamiento que vivió. El mismo autor observó, en pasajes que discutiremos a lo largo de estas páginas, la imposibilidad para representar fielmente la realidad de la prisión en una novela. Su obra se distingue no solo por estos temas sino por todo un estilo literario que, mediante la retórica, el lenguaje y la puntuación, se asocia a lo carcelario, el encierro, el castigo y la prisión; no solo en lo tocante a situaciones materialmente carcelarias sino, también, en un sentido simbólico o existencial.

Así, por un lado, los personajes de *Los muros de agua* (1941) y *El apando* (1969) están literalmente encarcelados; lo mismo Gregorio al final de *Los días terrenales* (1949); por otro, encontramos el tema del encierro a nivel conceptual: una prisión simbólica incluso en una situación de libertad (que en las novelas de Revueltas es siempre relativa). Es el caso de personajes que no están encarcelados pero son sometidos, práctica o metafóricamente, a encierros. Por ejemplo, en *El luto humano* (1943) los protagonistas quedan varados en medio de una inundación, en un intento frustrado por escapar; *Los días terrenales* (1949) plantea el encierro intelectual e ideológico de los comunistas más ortodoxos y recalcitrantes; en *Los errores* (1964), un enano está encerrado en una maleta para cometer un robo, a la par que una prostituta está atrapada en una vida marginal y de abusos. Los personajes ofrecen otra condición semejante a la de prisioneros: suelen estar sometidos a castigos crueles, muchas veces incomprensibles y desproporcionados: a los homosexuales “remontados” en *Los muros de agua* se

<sup>1</sup> Traducción del autor.

les castiga con saña; lo mismo ocurre a Gregorio al final de *Los días terrenales*. Este par de ejemplos pertenecen a escenarios carcelarios. No obstante, acaso el castigo más cruel presente en estas novelas es infligido por campesinos cristeros a un maestro acusado de comunista, al que luego de cortarle la lengua le dan a beber mezcal.

## MARCO TEÓRICO

Sobre temas como la prisión y lo carcelario, el encierro y el castigo en la obra de José Revueltas, se ha escrito mucho. Para este estudio nos basaremos en los trabajos de Philippe Cheron (2007): “Ficción y encierro: algunas modalidades ‘carcelarias’ en la narrativa de José Revueltas”; de Edith Negrín (1995): *Entre la paradoja y la dialéctica. Una lectura de la narrativa de José Revueltas*; y de Francisco Ramírez Santacruz (2006): “*El apando de José Revueltas: una poética de la libertad*”. De igual forma, nos apoyaremos de otros textos sobre la obra de Revueltas, como “José Revueltas: la soledad habitada”, estudio introductorio a la antología *José Revueltas por José Joaquín Blanco* (1985) y a *Dialéctica de lo terrenal. Ensayo sobre la obra de José Revueltas* de Jaime Ramírez Garrido (1991). Por último, recurriremos a algunas ideas de Michel Foucault, halladas en el primer tomo de *Historia de la locura en la época clásica* (2009) y, principalmente en *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión* (2019).

## EL ENCIERRO Y LO CARCELARIO

Philippe Cheron (2007), en “Ficción y encierro: algunas modalidades ‘carcelarias’ en la narrativa de José Revueltas”, explora el tema de la cárcel y el aprisionamiento humano desde los aspectos físico, psicológico y social. Propone, además, que hay un “efecto textual carcelario” característico de la escritura revueltiana (p. 207). El autor divide su análisis en tres ejes o puntos clave: los títulos; intrigas, espacios y tiempo; y maternidad imposible.

### *Los títulos*

Con excepción de *El luto humano*, los títulos “están lejos del tremendismo”; así, mediante la metáfora, el autor alude a la función aislante, correctiva y de exilio de las Islas Marías, en *Los muros de agua*: “El sustantivo está ahí para amurallar, y el complemento agua, inesperado, contradictorio, [alude a] ‘Islas Marías’” (p. 208).

Jaime Ramírez Garrido (1991), en *Dialéctica de lo terrenal. Ensayo sobre la obra de José Revueltas* apunta sobre el título de *Los muros de agua*:

Los colonos de las Islas Marías en una cárcel con muros de agua, muros que cumplen su función de límite. Ellos se encargan de mantener el encierro. Aun antes de llegar a las Islas, en la cubierta del barco, los sentenciados le temen a la lluvia que los hará refugiarse, confiarse, en una pequeña bodega del barco. (p. 59)

El tema del confinamiento dentro de otro espacio es también significativo en la obra de Revueltas y será abordado más adelante. Por ahora, resulta importante agregar algo sobre la escena descrita por Garrido (1991): prisioneros que transitan en barco rumbo a la prisión. En esta escena del segundo capítulo de *Los muros de agua* encontramos una situación análoga a la que describe Foucault (2009) en *Historia de la locura en la época clásica*: la nave de los locos. Durante la Edad Media y el Renacimiento, el papel del preso estaba emparentado con la del leproso y con la del loco; las sociedades los desechaban por igual, embarcándolos a la deriva. Tal era la función de la *stultifera navis*: “Los locos de entonces vivían ordinariamente una existencia errante. Las ciudades los expulsaban con gusto de su recinto” (Foucault, 2009, p. 24). A bordo de esta embarcación de la locura se da, también, una escena que es a la par claustrofóbica y escatológica: no solo la prisión dentro de la prisión al ser encerrados en la galera del barco, sino la confrontación violenta que se suscita y conduce a una guerra de excrementos.

### *Intrigas, espacios y tiempo*

La estructura diegética de algunas obras de Revueltas, así como el tratamiento narrativo<sup>2</sup> conducen no a un desenlace, sino a una serie de nudos indisolubles. Este “no-desenlace” equivale a una “tensión dramática extrema”. Por otro lado, el hecho de que los textos sean “cerrados” hace que equivalgan en sí mismos a “textos cárcel” (Cheron, pp. 209-210). Tal es el caso de *El apando*, cuya acción transcurre mayoritariamente en una celda de confinamiento. Con respecto a este tema, Edith Negrín (1995) distingue en la misma escritura de *El apando* un “complejo universo carcelario” (p. 182); esto debido a que, aunque se trata de una novela breve, consiste (dependiendo de la edición) en

<sup>2</sup> Tanto Philippe Cheron como otros teóricos revueltianos aluden también a los cuentos de José Revueltas, los cuales, por cuestión de espacio, no abordará el presente trabajo.

un solo párrafo de más de cuarenta cuartillas. El hecho de que no haya punto y aparte, asociado tradicionalmente con la separación de ideas principales en los párrafos de un texto, da al lector la sensación de estar atrapado (apandado) en el relato.

### *Maternidad imposible*

Si bien Cheron prefiere abiertamente enfocarse sobre los cuentos de Revueltas debido a que, intuye, por longitud se aplicaría “con mayor dificultad a la novela” (2007, p. 217), podemos encontrar el tema de la maternidad frustrada en los textos de aliento largo. Tal es el caso de Rosario, quien es obligada a abortar por la terrible tía Clotilde en el Capítulo II de *Los muros de agua*; o bien, la muerte de Chonita, la hija pequeña de Cecilia y Úrsulo, con la que inicia *El luto humano* (paternidad imposibilitada por la miseria; cárcel simbólica de la inequidad social). Este tema vuelve a aparecer en el Capítulo II de *Los días terrenales*, cuando muere Bandera, la hija de Fidel y Julia; el deceso de la infanta parece deberse, sin embargo, a la negligencia de su padre, cegado por sus ideales comunistas, austero hasta la obsesión con tal de servir al partido. O bien, si buscamos en *Los errores*, veremos que los personajes no están exentos de relaciones atroces con sus madres, que determinan simbólica (casi psicoanalíticamente) los destinos de sus personajes: Mario Cobián cometió matricidio siendo un infante; a Lucrecia, la desventurada puta, ni su madre la quiso:

Su madre la odiaba a muerte, porque ella misma no quería estar tampoco presa, ni quería que aquella hija lo estuviera, como ya lo estaba dentro de su vientre desde antes de nacer y como las dos iban a estarlo, amarradas con la otra de por vida, si Lucrecia nacía. Hizo todo lo que humanamente pudo, hasta el último momento, para echar fuera a Lucrecia, en numerosos —y brutales— intentos de aborto, pero Lucrecia había nacido de todos modos. (Revueltas, 2008, p. 173)

Vemos que en este párrafo se presenta un planteamiento interesante: la gestación prenatal como una forma de aprisionamiento. Y hay más ejemplos de esta maternidad trastornada e imposibilitada por la lógica del encarcelamiento: en *El apando*, la relación atribulada de El Carajo con su madre, a la cual emplea de “camello” para meter drogas a la cárcel, y cuyo desenlace sirve también de final a la novela. La maternidad en este caso resulta imposible, no por trunca o frustrada, sino por haberse prolongado grotescamente al plantear una relación

enfermiza y de dependencia entre un delincuente adulto, esperpéntico, y su madre sexagenaria:

La madre de El Carajo llevaría allí dentro el paquetito de droga [...] para alimentarle el vicio a su hijo, como antes en el vientre, también dentro de ella, lo había nutrido de vida, del horrible vicio de vivir, de arrastrarse, de desmoronarse [...], gozando hasta lo indecible cada pedazo de vida que se le caía. [...]. Polonio le dio un puñetazo en el estómago, [...] que lo hizo rodar hasta la pared de hierro de la celda, con un grito sordo y sorprendido. “Pinche ojete —se quejó sin cólera y sin agravio—, si lo único que yo quería es nomás ver cuando llegue mi mamá”. Hablaba como un niño, mi mamá, cuando debía decir mi puta madre. (Revueltas, 2010, p. 221)

Lo que observa Cheron en los cuentos de Revueltas, y que proponemos extender a la novela, es que el nacimiento (y, agregamos, la maternidad) “por definición símbolo de esperanza, de renovación, se ve contrarrestado por un acontecimiento funesto que oscurece el futuro e impide cualquier felicidad” (2007, p. 218). En los ejemplos que citamos vemos que es como si la maternidad enfermiza o el Edipo no resuelto extendieran su imperio más allá del vientre y del hogar, afectando así la vida entera del sujeto.

### ENCIERRO FÍSICO Y ENCIERRO EXISTENCIAL

Siguiendo con el tema carcelario, Edith Negrín (1995) en *Entre la paradoja y la dialéctica. Una lectura de la narrativa de José Revueltas* se dedica, en el Capítulo 2, al problema de “El narrador José Revueltas frente a la cárcel de la razón: función de los espacios cerrados”. Habla de cómo en *El luto humano* hay un contraste entre los espacios abiertos y cerrados; el tránsito de la casa durante el velorio de la Chonita sirve de preámbulo al éxodo, la huida forzada por la inminente inundación; sin embargo, al terminar dando vueltas en torno a la misma casa, se hace presente un encierro paradójico, “simbólicamente atrapados por el círculo de su propia caminata alrededor de la casa de Úrsulo” (p. 183). Este peregrinaje circular, que también tiene una dimensión bíblica si pensamos en el Éxodo (pueblo errante, atrapado en el desierto), parece replicar a su vez el carácter cíclico e interminable (como de rutina de Sísifo) del campo mexicano y los campesinos en México enfrentados a la historia y a la injusticia social. El tema del encierro metafórico en *Los días terrenales* está presente en Fidel, que vive encerrado en su pensamiento dogmático al grado, incluso, de menospreciar la muerte de su hija:

“Lo de la niña.” Era un circunloquio pudoroso, un modo elusivo de no llamar a las cosas por su nombre, con el temor de que esto fuera a causarles más dolor o fuera a debilitarlos en su necesidad de ser fuertes y de no tener consideración alguna para sufrimientos de índole personal, ajenos a la causa. (Revueltas, 2013, p. 47)

La cerrazón ideológica de Fidel es contrapuesta por la perspectiva de Julia, su mujer, así como de Gregorio, con quien mantiene una rivalidad ideológica. Por otro lado, Rosendo, compañero de lucha, admira la entereza de Fidel:

¿Qué importaba la vida si era para arder como una antorcha que iluminara las tinieblas? La propia niña muerta, la hija de Julia y de Fidel, ¿no representaba también un desesperado símbolo de espantosa generosidad y entrega sin límites? “No debemos tener tiempo para lamentarnos por nada. Nuestra tarea es luchar sin tregua. Ésa es nuestra única verdad”. (Revueltas, 2013, p. 50)

En Gregorio, el otro protagonista de la novela, hallamos el emblema mesiánico de un comunismo semejante al cristianismo primitivo; termina sus días (sus días terrenales) prisionero en una celda atroz en la que lo golpean hasta la muerte. Como apunta Negrín (1995), el encierro simbólico vinculado a lo político es recurrente en la obra de Revueltas: “El hombre habita irremisiblemente una prisión existencial. Las innúmeras cárceles padecidas por los personajes son metáforas de la condición humana” (p. 183). Si seguimos la línea del sentido metafórico podremos encontrar, al igual que con el tema de la maternidad, la cárcel simbólica o, como la denomina Edith Negrín, “prisión existencial”, en *Los errores*: los ambientes de la ilegalidad, el submundo marginal del crimen y la prostitución donde se desenvuelven personajes arquetípicos de ese entorno, pero también los comunistas. No obstante, también encontraremos, a la par, el encierro concreto y factual: el personaje de Elena, (ingenioso calambur con el que apodan a “el enano”), que pasa buena parte de la novela oculto dentro de un maletín; su prisión simbólica es el amor desesperado que tiene por Mario. Es, pues, víctima de sus culpas (un amor homosexual) así como de pasiones bajas (la avaricia, el deseo; el alcoholismo: lucha ferozmente por que Mario le deje llevarse una botella de tequila para pasar el rato dentro de la maleta): “el enano simboliza grotescamente la condición de muchos de los restantes personajes [de *Los errores*]: encerrado en un veliz, sin control ninguno sobre su vida, termina ahogado en el canal del desagüe” (Negrín, 1995, p. 184). También mencionamos, previamente, a Lucrecia, que se sintió

presa desde antes de nacer. También está lo que Negrín llama “prisiones de la mente”: el fanatismo político (específicamente por parte de los comunistas) en *Los días terrenales* y en *Los errores*.

## REVUELTAS Y EL PROBLEMA DEL REALISMO

Como mencionamos al principio de este trabajo, las experiencias vividas por el propio José Revueltas a partir de sus estancias en las Islas Marías y en la cárcel de Lecumberri dieron miga literaria para la escritura no solo de *Los muros de agua* y *El apando*, sino de numerosos cuentos y pasajes de otras novelas. Sin embargo, no nos dedicaremos a esbozar episodios biográficos del autor, ni su contexto político ni los altibajos de su relación con el comunismo en México. Buscamos, más bien, rescatar lo que se ha dicho y reflexionado sobre la cárcel y lo carcelario en relación con su obra narrativa para profundizar con reflexiones que aporten al problema de estudio. Conviene, en este sentido, destacar las palabras del autor respecto a la imposibilidad de representar plenamente la realidad en un medio estético como lo es la escritura literaria. En el prólogo a la segunda edición de *Los muros de agua* de 1962 (21 años después de haberla escrito) reflexiona:

Sí, las Islas Marías eran [...] un poco más terribles de lo que se describe en *Los muros de agua*. La cuestión se explica porque lo terrible es siempre inaparente. Lo terrible no es lo que imaginamos como tal: está siempre en lo más sencillo, en lo que tenemos más al alcance de la mano y en lo que vivimos con mayor angustia y que viene a ser incomunicable por dos razones: una, cierto pudor del sufrimiento para expresarse; otra, la inverosimilitud: que no sabremos demostrar que aquello sea espantosamente cierto. (Revueltas, 2014, p. 9).

A propósito de una visita al Leprosario de Guadalajara, realizada en 1955 y documentada en una carta a María Teresa, su esposa de entonces, Revueltas parafrasea a Tolstoi sobre el deber de un escritor: “no negarse jamás a ver, no cerrar los ojos ante el horror ni volverse de espaldas por más pavoroso que nos parezca” (2014, pp. 9-10). Después, procede a describir con sordidez el aspecto físico y la vida moribunda de los leprosos (en unas cuantas páginas que superan, quizá, en estética y fatalidad, a la novela que prologan). Por último, concluye esa narración demoledora comentando: “Bien. Yo había contemplado una realidad. Pero dudo que esa realidad pudiese ser transformada en una ficción literaria convincente. Era excesiva, superabundante” (2014, p. 20). Lo carcelario en la obra de Revueltas (relativo tanto a la prisión real como a la metafórica o existencialista) no busca

ser testimonial ni autobiográfico; sí estético, pues no puede dejarse de lado lo poético al tratarse de una novela, por más que se haya relacionado al autor con el realismo.<sup>3</sup> Esta etiqueta es comprensible, dado que su escritura resulta, quizá, en un ejercicio reminiscente al de los naturalistas decimonónicos, una suerte de caldo de cultivo social, un muestrario de problemas del que el autor abrevó con actitud de observador científico (“materialista dialéctico” de acuerdo a Garrido, p. 46) para dar profundidad, aristas y múltiples dimensiones a los personajes de sus novelas. Por su parte, José Joaquín Blanco (1985) destaca sobre *El Apando*:

[Revueltas] Aprovechó la cárcel para ver el mundo, para atrapar la visión de los hombres en condiciones tales que la común hipocresía, los convencionalismos o la rutina disimulan, y la prisión resalta: la humanidad entera en forma de vigilantes con “la comodidad, la complacencia y cierta noción jerárquica de la casta orgullosa, inconsciente y gratuita de ser hampones” y presos con urgencia de droga. (p. 24)

En esta serie de postulados e ideas que subyacen al discurso estético y literario en la narrativa revueltiana, podemos observar el germen de nociones filosóficas que después desarrollaría Foucault: la cárcel como mecanismo de control y sujeción del individuo o el castigo físico como ejercicio de poder político. Abordaremos estos puntos en el siguiente apartado.

## ATROCIDADES MATEMÁTICAS

El lenguaje de Revueltas es cargado de adjetivos, a menudo contradictorios o inesperados. Esto pareció inquietar a Octavio Paz, como puede apreciarse en su reseña de *El luto humano* al catalogar el lenguaje de “desaliñado” (citado por Escalante, 2014, p. 92). Una situación específica del manejo inesperado del lenguaje es aquella en la que el narrador y activista parece darnos un atisbo de lo inenarrable, pero traduciéndolo en algo que solo podemos, por intentar darle un sentido, catalogar como “vaguedad científica”, cuya fuerza radica en la sonoridad y el poder semántico de las palabras. Nos referimos, concretamente, a algunos episodios del relato que lidian con la enfermedad o la muerte. Vemos, por ejemplo, en el primer párrafo del primer capítulo de *El luto humano*: “El

<sup>3</sup> Ramírez Garrido (1991) comenta que Revueltas “se consideraba a sí mismo un escritor realista, pero equiparaba el realismo en el arte al materialismo en la filosofía”; y que buscaba “crear un orden, una realidad y, sobre todo, la expresión de esa realidad; comunicar la angustia del hombre enajenado, el objeto de su literatura” (p. 46).

aire de campanas con fiebre, de penetrantes inyecciones, del alcohol quemado y arsénico, movíase como la llama de una vela con los golpes de aquella respiración última” (Revueltas, 2009a, p. 11).

Habla de inyecciones, alcohol y arsénico sin estar en un hospital (y quizá por ello mismo ha fallecido la infanta); términos que vincula con el estertor final.<sup>4</sup> Traslada la parafernalia clínica de la enfermedad y la muerte a un entorno precario, humilde. Otros ejemplos, que son numerosos y trataremos de restringir en función de la brevedad, son la enfermedad que atrofia la virilidad de Matías en *Los muros de agua*: “el vientre le caía por encima del cuerpo, relajado, y un solo esfuerzo, aun simple y leve, produciría una congestión muscular” (Revueltas, 2014, p. 106); suena casi a diagnóstico médico, pero nunca se menciona una afección en específico. Lo mismo sucede con la enfermedad misteriosa que cunde en la isla (puede ser malaria o escorbuto; el narrador jamás lo aclara); o bien, con los invasivos y a todas luces dolorosos tratamientos que recibe Gregorio, en *Los días terrenales*, para curarse una enfermedad venérea, ea que lo hará sentir:

[...] entre sus piernas, la bárbara sonda de metal, del grueso de un dedo, con exactitud otro órgano más del cuerpo, la penetración de otro sexo no humano dentro del sexo del hombre, al que deshumanizaba emergiendo semejante a una llave, a un abrelatas monstruoso. [...] el médico aplicaba la cánula al paciente haciendo que las manos de éste se contrajeran de dolor, se crisparan semejantes a una rana de laboratorio. Gregorio sintió el reflejo de un alfilerazo en el esfínter, un a modo de imprevista simpatía orgánica. (Revueltas, 2013, pp. 154-155)

El argot de la medicina queda al servicio de la estética y del efecto patético suscitado en el lector. Lo mismo puede decirse de todo el lenguaje que obedezca a la función poética descrita por Roman Jakobson. Ya reconocía Alfonso Reyes (1997), en *El deslinde* una poética o estética incluso en la redacción de un tratado científico; y “aunque nadie confunde su intención con la de una obra literaria [...] bien puede por sí mismo producir una emoción estética” (p. 46). Ortega y Gasset (1970) cita un pasaje de Pío Baroja en el que se figura una idea similar: “No creo que haya nada tan hermosamente expresado como esta teoría de Darwin, a la que denominó él, con una brutalidad shakesperiana, *struggle for life*; lucha por la vida.” (p. 65).

<sup>4</sup> Este pasaje, además, es estilizado por el uso de un pronombre enclítico “movíase”, recurso arcaico ya en los años 40 del siglo xx y reminiscente de la Biblia.

Sirva esta breve pero, consideramos, necesaria digresión sobre lo que proponemos llamar “vaguedad científica” (que también podríamos denominar “atrocidad de la técnica”), para retomar una cuestión de la prosa carcelaria de Revueltas. El problema que planteó este autor como la “atroz aritmética” atañe a la sustitución de la identidad en el nombre de los presos al ser denominados mediante números. Esto conlleva a una deshumanización, palpable ya en *Los muros de agua*, cuando los protagonistas dejan de ser llamados por sus nombres (Ernesto, Marcos, Prudencio, Santos y Rosario) para ser referidos por el personal de la isla como “los políticos”. Pero la atroz dimensión numérica se expresa con mayor precisión en *El apando*, y pervive en la novela inconclusa de *El tiempo y el número*, truncada por la muerte del autor, en la que discurriría con mayor profundidad alrededor de estos números relativos como unidad de medida y como mecanismo de control.

Como explica Michel Foucault en *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* (2009), desde una perspectiva de control, el tiempo le es administrado al preso dentro de la cárcel para disciplinarlo, centrándolo en un sistema de relaciones distributivas y reformadoras. El horario al que es sometido, junto con la organización del espacio, se ordena de manera continua en aras de la eficiencia.

Se define una especie de esquema anatómico-cronológico del comportamiento. El acto queda descompuesto en sus elementos; la posición del cuerpo, de los miembros, de las articulaciones se halla definida; a cada movimiento le están asignadas una dirección, una amplitud, una duración; su orden de sucesión está prescrito. El tiempo penetra el cuerpo, y con él todos los controles minuciosos del poder. (Foucault, 2009, p. 176)

Otro ejemplo notable de la subjetividad del tiempo se encuentra desde las primeras líneas del primer capítulo de *Los muros de agua*. Ernesto, el protagonista, se pregunta por el lugar al que lo transportan en calidad de preso; pero, inmediatamente, alude al tiempo mediante la herramienta para medirlo, un reloj: “¿A qué lugar podría ser? El reloj amarillo, de la torre, los árboles, aparecieron como un rompecabezas, como un haz de tarjetas, desarticuladas, y luego todo quedó oscuro, impenetrable y silencioso dentro del carro” (Revueltas, 2014, p. 29).

El mecanismo técnico de *El apando* alude también a la prisión, prosigue Negrín (1995), “desde su presentación tipográfica [...] 46 páginas ofrecen un ‘bloque escritural continuo’” (p. 198). Los múltiples espacios dentro de otro espacio, todos cerrados y cada vez más reducidos, son una especie de caja china. Esto ya lo relacionamos previamente al hablar de algunos personajes de *Los errores*, como Elena; el enano, que vive preso de sus pasiones a la vez que se encierra

dentro de una maleta; o bien, la prostituta Lucrecia, quien desde antes de nacer padeció en el vientre de su madre un encarcelamiento prenatal. En *El apando*, el encierro dentro del encierro es ejemplificado en el uso de las drogas por parte de los personajes, que se ocultan en sí mismos para evadir, paradójicamente, el encierro; y además cómo tienen que esconderlas dentro de sus propios cuerpos (Negrín, 1995, p. 199).<sup>5</sup> Ya hemos aludido a la función del “camello” para transportar droga desde afuera hacia adentro de la prisión, cumplida por la madre de El Carajo en *El apando*.

A la privación del espacio que sufren los presos se suma la violación del espacio de su cuerpo; aun las visitantes pasan por un registro vaginal para impedir que ingresen drogas a la prisión. [...] El espacio corporal es [...] concebido como otra cárcel —al “saco placentario” de la madre del Carajo se le llama “celda” [...]. Los presos protagonistas no intentan —como otros personajes del autor— escapar de la cárcel, sino obtener droga. (Negrín, 1995, p. 199)

Los otros personajes a los que se refiere Edith Negrín, es decir: aquellos que sí intentaron escapar son, por ejemplo, “El Miles” de *Los muros de agua*, quien pretende cruzar el mar a nado durante doce horas para huir de la isla; su cadáver es, después, regresado a la costa:

Pudo verse con claridad que aquella blusa blanca no era otra cosa que el cuerpo de El Miles, tendido, atrozmente deshecho.

Los pescadores explicaban:

—¡Tiburones, tal vez...!

—¡Uy, si en San Juanito se ven las “pilas”...!

—¡Y nosotros que lo creíamos “remontado” al pobre...! (Revueltas, 2014, p. 213)

Al decir “remontado” se referían a la condición de presos que, sin salir de la isla, se alejaban de los cuarteles y centros urbanizados para internarse entre la vegetación, perdiéndose por tanto tiempo como pudieran, para sobrevivir a hurtadillas en la selva. Tal fue el caso, también en *Los muros de agua*, de dos homosexuales que, al ser atrapados, padecieron la ira de sus celadores. De ello hablaremos en el apartado dedicado a los castigos corporales, guiados por las ideas de Foucault.

<sup>5</sup> Sobre el uso de la droga como mecanismo de evasión y forma de ejercer cierto poder en *El apando* comentaremos, más adelante, el trabajo de Francisco Ramírez Santacruz.

Además de la “atroz aritmética”, apunta Negrín, hay una “geometría atroz”: la de las rejas. “La geometría, que aprisiona y deshumaniza, aparece magistralmente en *El apando* como instrumento de una fuerza superior, el poder carcelario, para aniquilar las posibilidades de liberación, al acabar con los prisioneros” (Negrín, 1995, p. 202). La prisión en *Los muros de agua*, como sugiere el mismo título, tiene una dimensión paradójica: la de encerrar al preso al aire libre, en las Islas Marías, sin que haya otro límite entre él y su libertad que las aguas mismas del Pacífico. Contrariamente, en *El apando* se plantea no solo una cárcel en el sentido urbano, tradicional y moderno, sino la zona de aislamiento, “el cajón”: la “cárcel dentro de la cárcel”. Ahí, los protagonistas varones (Albino, Polonio y El Carajo) esperan anheladamente que lleguen las respectivas mujeres de sus vidas (Meche y La Chata para los dos primeros; para El Carajo, su madre). Desesperados, no les queda más que asomar la cabeza por aquellas rejas perpendiculares y angustiosas:

Introducir —o sacar— la cabeza en este rectángulo de hierro, en esta guillotina, trasladarse, trasladar el cráneo con todas sus partes, la nuca, la frente, la nariz, las orejas, al mundo exterior de la celda, colocarlo ahí del mismo modo que la cabeza de un ajusticiado, irreal a fuerza de ser viva, requería un empeño cuidadoso, minucioso, de la misma manera en que se extrae el feto de las entrañas maternas, un tenaz y deliberado autoparirse con fórceps que arrancaban mechones de cabello y que arañaban la piel. (Revueltas, 2010, p. 229)

Una vez más, las imágenes de la preñez y del parto son presentadas en paralelismo con la prisión y la libertad. Además de esto, que previamente hemos analizado, podemos apreciar cómo las mediciones matemáticas (desde el tiempo hasta el espacio urbano y arquitectónico que comentará Foucault en *Vigilar y Castigar*) se traducen, tanto como los términos clínicos y médicos (las partes del cráneo; los fórceps) en la prosa poética de Revueltas, como herramientas de angustia ante un orden inexorable que no concede un solo gramo de piedad: el mecanismo de la cárcel. Edith Negrín destaca una declaración que dio al ser “interrogado” (curiosa palabra elegida por la investigadora) sobre “el significado de la geometría en la novela [*El apando*]”:

Las rejas [son] [...] la invasión del espacio, y ahí hago una comparación: rejas por todas partes, rejas en la ciudad. Finalmente, cuando atraviesan los tubos, digo “la geometría enajenada” [...]. El problema es un tanto filosófico, ontológico. La geometría es una de las conquistas del pensamiento humano, una de las más elevadas en su desarrollo. [...] Hablar de la geometría enajenada es hablar de la enajenación del hombre. No el ser enajenado desde

el punto de vista de la pura libertad sino del pensamiento y del conocimiento.(Revueltas, “Diálogo”, p. 43, citado por Negrín, 1995, p. 202)

La terminología, como el lenguaje mismo, están al servicio no solo de la estética, sino de esa indagación experimental del alma y de la condición humana, a la que José Revueltas dedicó tanto su obra como su vida: “[la cárcel] es un laboratorio increíble para conocer las pasiones humanas” (“La maldición”, p. 6, citado por Negrín, 1995, p. 209).

### LIBERTAD Y EVASIÓN

Muchos protagonistas de las novelas carcelarias de Revueltas tienen la particularidad de que, a pesar de ser prisioneros, no buscan la huida. Observan cómo el Miles huye para ser devorado por tiburones en *Los muros de agua*, así como Prudencio que, al intentar huir de la vida misma, fracasa en su intento de suicidio y queda incapacitado por un daño cerebral, el cual reduce su función a la de un infante atribulado por alucinaciones y pesadillas. En esta misma novela, los “remontados”, dos homosexuales que, como ya se mencionó, se refugian en la selva y luego son descubiertos, sufren una violencia desmedida por parte del Chato:

Tratándose de dos homosexuales los colonos no podían ver la aventura sin sarcasmo. Experimentaban, quién sabe por qué, la impresión atroz de que aquella gente era incapaz de sufrir, de sentir penas. Se referían, con despreciativa ironía, a los “novios”, a la “luna de miel” y otras cosas por el estilo no conmoviéndoles el espectáculo de los pobres hombres sedientos, aterrorizados, con los ojos grandes de angustia.

En el fondo de su fría cólera El Chato guardaba una presentida, descabellada felicidad. Golpear a los “remontados” era, a su modo de ver, como una declaración de amor para Rosario: iba ahí a demostrar su masculinidad, su hombría, su potencia de macho aguijoneada por la más legítima indignación. (Revueltas, 2014, pp. 191-192)

Ernesto se opone al castigo que está a punto de ser infligido al par de hombres indefensos. Sus protestas son vanas, pues este capítulo finaliza con el azote número diecisiete, seguido de tres puntos suspensivos. De acuerdo con Foucault (2009), los gobiernos absolutistas implementaban el castigo físico y el castigo ejemplar como herramientas de intimidación y control al pueblo. Quien cometía un delito estaba afrontando personalmente al soberano. De esta manera, los azotes públicos en la Edad Media formaban parte de un ritual, inserto en una “liturgia primitiva”

que busca, por un lado, marcar a quien infringe la ley o lo establecido; y, por otro, engrandecer al detentor del poder. Este modelo de castigo fue reemplazado por el surgimiento de la prisión:

El suplicio penal no cubre cualquier castigo corporal: es una producción diferenciada de sufrimientos, un ritual organizado para la marcación de las víctimas y la manifestación del poder que castiga, y no la exasperación de una justicia que, olvidándose de sus principios, pierde toda moderación. En los “excesos” de los suplicios, se manifiesta toda una economía del poder. (Foucault, 2009, p. 44)

El Chato, que vive y manda en la Isla como si fuera un monarca, toma la desobediencia de los remontados como afrenta personal. En esta línea de tiempo planteada por Foucault para expresar la evolución de los sistemas penitenciarios, podemos apreciar que las Islas Marías representadas en *Los muros de agua* no cuadran con un modelo de prisión moderna: su administración del tiempo radica en la explotación laboral y está destinada solo a cansar y rendir a los prisioneros:

Ordenó a los “políticos” ponerse a trabajar en un fétido agujero lleno de fango. Los pies descalzos tocaban en el fondo materias blandas y asquerosas, animalejos fríos que se escurrían resbalosamente. Cuando ya estaban a punto de terminar, Maciel les ordenaba que debían cargar unas carretillas de tierra y guijarros para llenar nuevamente el agujero. (Revueltas, 2014, p. 127)

No se trata de reformarlos sino de castigarlos, cansarlos, enloquecerlos con un trabajo enajenado, una rutina de Sísifo. Los comunistas, al final de la novela, se ven hermanados por cierta esperanza: la de mantenerse unidos como camaradas. La prisión, para ellos, es un medio de reafirmar su ideología: ven en ella la misma alienación del hombre por un sistema opresor contra el cual se mantendrán, como lo hizo el mismo autor, en pie de lucha.

Es evidente que Revueltas era aún muy joven (tenía 27 años cuando publica esta novela). Su relación con el Partido Comunista, así como con el comunismo en México, estaba en una situación muy distinta a la que atravesó cuando elabora la controvertida crítica al comunismo que se lee en *Los días terrenales*. No obstante, incluso en esta novela (de 1949, cuando contaba con 35 años) se aprecia cabalmente una dualidad entre lo que Revueltas denuncia, que es la cerrazón, lo dogmático del pensamiento en Fidel, y los valores más nobles (aunque también ingenuos) en Gregorio. Él mismo afronta su prisión casi con gusto; definitiva-

mente, con la frente en alto. Resulta claramente un símbolo de Cristo cuando lo golpean al final de la novela:

En medio de lo brutal, de lo salvaje, aquello tenía algo de sencillamente portentoso. “¡No le gusta al desgraciado! ¡Nos cree unos cabrones!” Ahora Gregorio se transformaba, de ofendido, en ofensor. Aquella frase había sido como un botón mágico al que se oprimiera para absolver de toda culpa, para limpiar de todo pecado a los verdugos. “Sed tengo.” Entonces le dieron a beber vinagre: nada más lógicamente humano. [...] Entre dos de ellos habían sujetado a Gregorio por piernas y brazos, y entonces los demás comenzaron a golpearlo gozosa, furiosamente, hasta que perdió el conocimiento. Lo demás lo hizo su enfermedad. (Revueltas, 2013, p. 166).

Queda clara, además de la analogía con Cristo, la presencia de su enfermedad. No podemos olvidar que se ha contagiado voluntariamente de un mal venéreo el cual le cuesta la virilidad. En esta castración simbólica quizá haya una renuncia total al mundo terrenal (cuyos días terminan al final de una novela —adecuadamente— llamada *Los días terrenales*). Esta actitud equiparable a la de los mártires medievales vuelve a plantearnos la responsabilidad apostólica, cuando no mesiánica, de los luchadores sociales.

En *El apando*, la posibilidad de libertad se manifiesta también, como hemos anticipado previamente, en el consumo de las drogas por parte de El Carajo, que busca retrotraerse, anesthesiarse para evadir una realidad que le resulta particularmente cruel e imposible de vivir, por ser débil, patético, contrahecho. Para Polonio y Albino es significado de poder: el valor de cambio de las drogas supera por mucho su valor de uso (ya de por sí inflado, debido a la ilegalidad) dentro de la prisión. Francisco Ramírez Santacruz (2006) explora el problema de la libertad y la evasión: “Los dos medios básicos por los que los personajes se proporcionan una ilusión de libertad son la memoria y la droga” (p. 96). Se plantea, entonces, paradójicamente, el vicio como salvación (p. 98). Cabe destacar, por otro lado, la dimensión que adquiere la droga dentro de la cárcel: equivale a poder. “El Carajo [...] solo ve en la droga un medio para meterse dentro de su propia caja corporal” (Ramírez Santacruz, 2006, p. 99); para Albino y Polonio, la droga amplifica su mundo exterior.

## CONCLUSIONES

Hemos observado, a lo largo de este trabajo, cómo el encierro, la prisión y el castigo son no solo temas constantes en la obra de José Revueltas, sino parte

de un sistema esquematizado que subyace a su creación literaria. Todo esto lo estudiamos a partir de las tramas de las novelas, la construcción de los personajes, los ejes narrativos de la trama, el estilo y el lenguaje. Funcionan para explorar rincones del alma humana que se revelan al ingresar en situaciones de cárcel, encierro y castigo. Hemos visto, también que, a pesar de que solo dos de las cinco novelas estudiadas en este trabajo se ambientan en prisiones (las Islas Marías, en *Los muros de agua*, y la cárcel de Lecumberri, en *El apando*; ambas cárceles en las que Revueltas fue prisionero), el problema continúa presente en la obra del autor mediante el encierro, la prisión metafórica y el abandono social que se da en la pobreza ya sea en el campo o escenarios urbanos marginales. Podemos enlistar los principales resultados que arrojó el desarrollo de este trabajo de la siguiente manera:

Primero. La experiencia de José Revueltas como prisionero en las Islas Marías y en la cárcel de Lecumberri sirvieron para nutrir sus novelas, pero no buscó reflejar en ellas episodios autobiográficos. En cambio, los escenarios y las dinámicas carcelarias le permitieron construir dispositivos literarios basados en las lógicas del encierro, la explotación y el castigo dentro y fuera de los recintos penitenciarios.

Segundo. Los temas del encierro y la cárcel figuran, por cuestiones de trama, en un primer plano dentro de dos novelas específicas que son *Los muros de agua* (1941) y *El apando* (1969); sin embargo, la idea de un encierro metafórico o existencial, que Edith Negrín (1995) extiende a todos los espacios cerrados en la obra de Revueltas, nos permite también vislumbrar en el nivel simbólico las prisiones de la mente: personajes encerrados en una necesidad ideológica (como Fidel en *Los días terrenales*) o apresados por las barreras sociales (Elena, el enano, en *Los errores*, por su homosexualidad y su alcoholismo; Lucrecia, en esta misma novela, por su oficio de prostituta y la relación conflictiva con su madre, que determina la vida del personaje desde el útero).

Tercero. El realismo literario es una etiqueta construida por la crítica y que, si bien se asocia con la obra de José Revueltas, no termina de abarcar una serie de problemas poéticos y filosóficos que el mismo autor consideraba inalcanzables e inaprehensibles desde el discurso estético literario.

Cuarto. José Revueltas recurre a un lenguaje pletórico de términos científicos para tratar de evocar, desde los confines inapelables de la técnica, la crueldad metódica del sistema penitenciario y de la violencia política. Del mismo modo, el lenguaje tomado de la medicina o de la aritmética deshumaniza al enfermo o al reo, los presenta despojados de su subjetividad y sometidos a una máquina

inapelable e inexorable. Sin embargo, en el uso de este lenguaje técnico, como ya lo ejemplificamos con casos de Alfonso Reyes y José Ortega y Gasset, el influjo poético se abre paso para desarrollar un efecto estético completo y abrasador. Y, por último:

Quinto. La lógica de la cárcel y del castigo físico y mental atraviesan por un dilema en cuanto a lo espacial: la evasión dentro del encierro es en la mayoría de los casos (salvo el de El Miles y la pareja homosexual en *Los muros de agua*) preferible al intento de huida. En este sentido, los rasgos de individualidad, como el arraigo a los ideales de los “políticos” en *Los muros de agua*, o el uso de las drogas en *El apando*, permiten a los personajes sobrellevar su vida carcelaria y los encierros que integran, como en una caja china o en un laberinto, al mismo encierro.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Blanco, J. J. (1985). *José Revueltas por José Joaquín Blanco*. Ciudad de México: Editorial Terra Nova.
- Cheron, P. (2007). “Ficción y encierro: algunas modalidades ‘carcelarias’ en la obra literaria de José Revueltas”. En F. R. Santacruz y M. Oyata (Eds.), *El terreno de los días: homenaje a José Revueltas* (pp. 207-223). Ciudad de México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / Universidad Nacional Autónoma de México / Miguel Ángel Porrúa.
- Escalante, E. (2014). *José Revueltas. Una literatura del “lado moridor”*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2009). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2019). *Historia de la locura en la época clásica*, (Tomo I). México: Fondo de Cultura Económica.
- Negrín, E. (1995). *Entre la paradoja y la dialéctica. Una lectura de la narrativa de José Revueltas*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México / El Colegio de México.
- Ortega y Gasset, J. (1970). *El espectador*. Barcelona: Salvat Editores.
- Ramírez Garrido, J. (1991). *Dialéctica de lo terrenal. Ensayo sobre la obra de José Revueltas*. Ciudad de México: Tierra Adentro.
- Ramírez Santacruz, F. (2006). *El apando de José Revueltas: una poética de la libertad*. Ciudad de México: Ediciones Páginas / Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Tlaxcala / Instituto Tlaxcalteca de Cultura.

- Revueltas, J. (2010). El apando. En *18 para los 18, libro 6*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Revueltas, J. (2009). *El luto humano*. Ciudad de México: Ediciones Era.
- Revueltas, J. (2013). *Los días terrenales*. Ciudad de México: Ediciones Era.
- Revueltas, J. (2014). *Los muros de agua*. Ciudad de México: Ediciones Era.
- Revueltas, J. (2018). *Los errores*. Ciudad de México: Ediciones Era.
- Reyes, A. (1997). *Obras completas de Alfonso Reyes: El deslinde, Apuntes para la teoría literaria, (XV)*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Ruffinelli, J. (2002). "José Revueltas". En C. A. Solé y K. Müller-Bergh. (Eds.), *Latin American Writers Supplement I* (pp. 463-477). New York: Charles Scribner's Sons.